

Christian White

**LA ESPOSA Y LA VIUDA**

Traducido del inglés por Pilar de la Peña Minguell

Título original: *The Wife and the Widow*

Publicado por primera vez por Affirm Press.

Esta edición se ha publicado por acuerdo con Kaplan/DeFiore Rights conjuntamente con The Foreign Office.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2019 Christian White

© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1362-986-5

Depósito legal: M. 19.291-2022

Printed in Spain

*Para Sum*



# Prólogo

---

John despertó sobresaltado y pensó: «Hay alguien en casa». Acababa de oír un ruido abajo, un sonido como de labios secos y cortados al separarse, y luego unos pasos sigilosos por las escaleras.

Escudriñó la oscuridad que envolvía la cama y aguzó el oído, pero, salvo por el suave murmullo de la calefacción central, la casa estaba de nuevo en silencio. Se volvió de lado y miró a su esposa, que, a la tenue luz de luna que se colaba por la ventana, presentaba un aspecto fantasmal.

«Habrá sido otra pesadilla», se dijo.

¡Crac!

El ruido venía del descansillo de la primera planta: alguien había pisado la tablilla suelta del último peldaño de la escalera. No eran imaginaciones suyas. Estaba convencido.

Incorporándose, escudriñó una vez más la oscuridad. A medida que sus ojos se adaptaban a la escasa luz, fueron apareciendo las siluetas de los objetos que poblaban el dormitorio, como en una imagen que se enfocara poco a poco. Distinguió el contorno del armario enorme sobre un fondo negro; el aparador en el que se amontonaban las joyas de su mujer, que refulgían muy levemente a la luz de la luna como decenas de ojos diminutos... Un haz finísimo de luz se derramaba, titilante, por debajo de la puerta cerrada.

Se levantó con cuidado de la cama, abrió la puerta y salió. En el pasillo había una luz nocturna de Harry Potter. La habían puesto

por su hija, Mia, para que no tuviera miedo cuando iba al baño por la noche. Una polilla gorda de color marrón revoloteaba a ciegas junto a ella, rebotando en la superficie una y otra vez. John la observó un instante, hipnotizado. ¿Sería eso lo que oía?

Entonces, de entre las sombras del fondo del pasillo, salió un hombre. John quiso hablar, pero el miedo le paralizó la mandíbula. El hombre avanzó un paso más. Era alto, corpulento y llevaba la cabeza afeitada. Vestía unas zapatillas de lona blanca y una recia cazadora negra que John conocía.

—Hola, John —le susurró el hombre—. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí... —consiguió contestar con un hilo de voz.

—¿Sabes a qué he venido?

—Sí —respondió John en voz baja—. Creo que sí.

# 1

## La viuda

---

Kate Keddie ensayaba la sonrisa delante del espejo del baño del aeropuerto. Detestaba su boca. Le sobraban varios dientes para el tamaño de su cabeza, con lo que, cuando sonreía, parecía una psicópata peligrosa. Probó a curvar suavemente las comisuras de los labios. Pretendía dar una imagen de recato y seguridad en sí misma. El resultado fue Shelley Duvall sumergida en sales de baño.

—¿Qué haces con la cara? —le preguntó Mia.

Su hija de diez años acababa de salir de uno de los cubículos e iba a lavarse las manos. Se había atado a la muñeca el cordel de un globo en forma de corazón donde ponía «BIENVENIDO A CASA» y le botaba por encima como una boya.

—Nada —contestó Kate.

—¿Cuánto falta para que llegue papá?

—Diez minutos para que aterrice. Luego el avión tiene que abandonar la pista de aterrizaje, iniciar el rodaje hasta la terminal y, cuando tu padre desembarque, tendrá que recoger el equipaje, pasar el control de aduanas... Total, unas dieciséis horas.

—¡Venga ya, mamá! —dijo Mia pisoteando el suelo de hormigón pulido con esa especie de nerviosismo que suele reservarse para el día de Navidad. Nunca había estado tanto tiempo sin su padre.

John había estado dos semanas en Londres, asistiendo a un simposio sobre investigación de cuidados paliativos, y Kate había pasado casi todo ese tiempo tachando los días en el calendario con un

rotulador rojo de trazo grueso, anhelando su regreso. Confiaba en que el viejo tópico de que la ausencia aumenta el cariño se aplicara en el caso de John, pero, en su fuero interno, temía que funcionara también al revés. Había leído en algún lado que bastaban dos semanas para perder una costumbre, ¿y qué era el matrimonio sino una costumbre?

Kate cogió a su hija de la mano y salió con ella a la terminal. La sala de llegadas del aeropuerto internacional de Melbourne estaba abarrotada de gente. Las familias se reunían bajo pancartas caseras, observando atentamente las grandes puertas de cristal esmerilado que las separaban del control de aduanas. A su espalda, los chóferes con traje negro garabateaban nombres en pizarritas blancas. Aquella multitud desprendía una suerte de energía colectiva por la que, en vez de un centenar de pequeñas individualidades, parecían un todo grande cuyas partes se movían en pulsátil sincronía, como las patas de un ciempiés.

En cualquier momento, John asomaría por la puerta, tirando de su American Tourister azul, ojeroso y cansado del largo vuelo. Las vería y sonreiría feliz. No las esperaba. Se había empeñado en volver a casa en taxi y Kate le había hecho creer que le parecía estupendo, a sabiendas de que Mia y ella irían a buscarlo en coche al aeropuerto para darle una sorpresa.

Aunque estaba deseando ver a su marido, lo que ansiaba de verdad era devolverle las riendas. Se consideraba una buena madre, pero una madre nerviosa. Nunca había ejercido su papel con la aparente naturalidad de otras mujeres, del grupo de amigas de su madre, por ejemplo, o todas esas mamás tan capaces y atareadas que veía a la puerta del colegio. Kate se sentía mucho más cómoda con el respaldo de John.

—¿Crees que papá se habrá acordado de mis libras? —preguntó Mia mientras miraba fijamente la pantalla exterior de una oficina de cambio de moneda. Últimamente le había dado por coleccionar dinero de otros países.



—Se lo has recordado veinte mil veces —contestó Kate—. Dudo que tenga la desvergüenza de volver sin ellas.

—¿Cuánto queda ahora? —gruñó la niña.

—Cinco minutos. Mira el panel de llegadas. ¿Lo ves?

El vuelo QF31 de Qantas, procedente de Heathrow (vía Singapur) aterrizó en hora y sin incidencias. Se hizo entre la multitud expectante un silencio que, en cuanto salieron los primeros pasajeros, no tardó en dar paso a los gritos, las lágrimas y las risas. Algunos se arrojaban a los brazos de sus seres queridos, mientras que otros se abrían paso entre la multitud hasta los chóferes que los aguardaban o la parada de taxis situada un poco más allá.

Una mujer hermosa, con el pelo de color maíz recogido en una coleta, se derrumbó en los brazos del hombre que la esperaba; luego, olvidando por un instante dónde estaba y quién pudiera verla, lo besó apasionadamente en la boca. Muy cerca, una pareja de ancianos asiáticos agitaba la mano con frenesí para llamar la atención de un hombre que se dirigía a ellos empujando un carrito gemelar con dos niños dormidos en su interior. Kate los observó, aguardando su turno.

Le sorprendió un poco que John no hubiera sido de los primeros en salir. Siempre volaba en *business* y tenía acceso a colas rápidas y atención prioritaria.

Mia se puso de puntillas para explorar la multitud.

—¿Tú lo ves? —le preguntó a su madre.

—Aún no, bichito —contestó Kate.

Las dos tenían la vista clavada en las puertas de cristal, que volvieron a abrirse. Esa vez fue saliendo un grupo más reducido de pasajeros.

—¡Ya lo veo, ya lo veo! —chilló Mia, bajando el globo para orientar el mensaje hacia la puerta—. No..., espera... No es él —dijo desinflada.

La segunda oleada de pasajeros se dispersó y John seguía sin aparecer. Se cerraron las puertas de cristal, volvieron a abrirse. Salió

renqueando un señor mayor, con un bastón en la mano izquierda y una Samsonite vieja y polvorienta en la derecha. El pasillo que dejaba a su espalda estaba desierto.

Kate comprobó el panel de llegadas, se aseguró de que estaban en el sitio correcto a la hora correcta y volvió a comprobarlo una vez más. La extrañeza dio paso a la preocupación.

—¿Mamá...? —dijo Mia.

—Tú sigue mirando, bichito. Habrán tardado en sacar su equipaje o le habrá tocado uno de esos agentes de aduana quisquillosos. Enseguida viene, ya verás.

Esperaron. Al final, para que no se le notara la angustia en la cara, Kate sacó el móvil y llamó a John. Le saltó directamente el buzón de voz. Volvió a intentarlo. El buzón de voz otra vez. «Se le habrá olvidado desactivar el modo avión», se dijo. Eso o se había dejado el cargador enchufado en la *suite* del hotel y había llegado a Australia sin batería.

Empezó a morderse las uñas.

Se abrieron las puertas de cristal. Kate inspiró agobiada. Salieron tres rezagados: una pareja de mediana edad que parecía ir discutiendo y un joven mochilero, sucio y con una maraña de rastas cayéndole por un hombro. No los esperaba nadie. Se cerraron las puertas, volvieron a abrirse. Esa vez salió despacio la tripulación, charlando con desenfado, felices de haber terminado el turno.

«¿Dónde estás, John?», pensó Kate.

Si hubiera perdido el vuelo, habría llamado, le habría mandado un mensaje de texto o un correo electrónico, ¿no? Aunque no supiera que iba a ir a recogerlo al aeropuerto, sabía que lo estaría esperando. Probó a llamarlo otra vez. Nada. Echó un vistazo a su alrededor. Se había ido casi todo el mundo, salvo un puñado de viajeros que estaban en las oficinas de alquiler de coches y un hombre con un mono gris que pasaba el aspirador por la franja de moqueta que había junto a las puertas de la terminal.

—Mamá, ¿dónde está? —preguntó Mia.

—No lo sé, bichito. Pero ya vendrá. No te preocupes, que no pasa nada.

Sin apartar la vista de las puertas de cristal, Kate cogió a Mia de la mano y se la apretó fuerte. Siguieron esperando. Pasaron cinco minutos, luego quince más.

La última vez que habían hablado había sido por Skype, la mañana en que John tenía que coger el vuelo de vuelta de Londres. Kate y Mia compartían un sillón en el salón, inclinadas sobre la pantalla del MacBook. John estaba sentado en la cama de su habitación de hotel, a diecisiete mil kilómetros de distancia. Era la típica *suite*, empapelada de un verde claro y con el minibar a la izquierda y la carta del servicio de habitaciones a la derecha. El pasaporte, la cartera y el móvil estaban perfectamente apilados encima de la maleta, junto a la puerta.

—¿Ya estás preparado para salir? —preguntó Kate.

—Llevo las tres cosas que todo viajero veterano debe llevar —contestó él—: taponos para los oídos, diazepam y una novela de Haruki Murakami.

—¿El diazepam es una droga? —preguntó Mia.

—Sí, cielo —contestó él—, pero de las buenas —añadió riendo. Como tenía poca cobertura y la imagen llegaba con retardo, se congeló y saltó, y la risa sonó como salida de una pesadilla.

John tenía tres años más que Kate, pero parecía cinco años más joven. Conservaba una buena mata de pelo y sus rasgos eran limpios y simétricos. Era de natural esbelto y atlético. En la pantalla, su rostro parecía tener mejor color de lo normal. A fin de cuentas, era verano en Londres.

Mia se inclinó hacia delante, poniéndose de rodillas, hasta dejar la cara a escasos centímetros de la pantalla.

—Cuando subas al avión, siéntate detrás del ala —le dijo—. Ahí estarás más seguro si se estrella.

—La clase *business* está al principio del todo —respondió él.

—Ajá. Pues en casi todos los accidentes aéreos las primeras once filas quedan pulverizadas.

—Mia, a tu padre le sobran esas estadísticas —comentó Kate—. Además, ¿tú cómo sabes lo que significa «pulverizadas»?

—Internet —dijo la niña encogiéndose de hombros.

—Ha vuelto a desactivar el control parental —dijo Kate—. Nuestra hija, la jáquer.

John se recostó sobre los codos y miró a su izquierda, por encima de la pantalla del portátil. Kate tuvo la sensación extraña y del todo injustificada de que no estaba solo. Lo achacó a sus paranoias.

—Quítale la búsqueda segura —contestó John al cabo de un rato y sin mucho entusiasmo. A Kate no le quedó claro si bromeaba o no—. La vida no tiene filtros, ¿por qué ponérselos a internet?

—Estupendo —dijo ella—. Esta noche podemos ver *El exorcista* y mañana todas las películas de *Rambo*.

John no rio.

—Nos empeñamos en proteger a nuestros seres queridos de determinadas verdades —dijo—, pero no sé si eso siempre es acertado, o justo. Si no hablamos de los monstruos de este mundo, no estaremos preparados para hacerles frente cuando nos salgan de debajo de la cama.

A Kate le habían dado muchísimas ganas de atravesar la pantalla con la mano y acariciarle la cara. ¿De qué monstruos hablaba?

—¿Estás bien, John? —le preguntó.

—Creo que sí —contestó él—. Creo que ya estoy preparado para volver a casa.

—¿Kate?

—Sí —contestó ella—. Kate Keddie.

—Aaah, Kate, la mujer de John. ¡Madre mía, cuánto tiempo! ¿Cómo estás?

Chatveer Sandhu era el administrativo del Trinity Health Center for Palliative Care, donde John trabajaba como médico de cabecera.

—Perdona que te moleste —le dijo Kate—, pero me está costando un poco localizar a John y he pensado que igual tú me podías echar una mano. Entiendo que ha habido cambios en su vuelo de vuelta de Londres o en su agenda y se os ha olvidado avisarme...

Se hizo un silencio incómodo y Kate tuvo que contenerse para no llenarlo. Miró a Mia, que estaba sentada en una silla de plástico junto a la cabina de información, desesperada, mohína y con los ojos empañados.

—¿Sigues ahí, Chat? —preguntó Kate.

—Sí, perdona, es que... No tengo claro lo que me estás preguntando...

—Estoy en el aeropuerto y mi marido no.

Le pareció que había sido lo bastante directa, pero, después de otro breve silencio, Chatveer dijo:

—Te paso con Holly. No cuelgues.

—¿Que me pasas...? No, Chat, solo quiero...

Demasiado tarde; ya estaba en espera. Mientras aguardaba, siguió mordiéndose las uñas. Se las mordió demasiado, hasta que le dolió.

De fondo sonaba música clásica: la inquietante *Sinfonía núm. 3*, de Henryk Górecki, una de las piezas favoritas de John. Una obra maestra apenas reconocida, según él. Antes de casarse, Kate pensaba que la música clásica era cosa de intelectuales pretenciosos. Ella se sentía más a gusto en compañía de Mariah Carey que de Claude Debussy. Pero, después de que John se pasara buena parte de su primera cita que si Wolfgang Amadeus esto y Ludwig lo otro, al día siguiente ella había ido a comprarse un CD doble recopilatorio con lo mejor de la música clásica y se había obligado a escucharlo. Ahora le gustaba..., o al menos eso creía.

—¿En qué puedo ayudarte, Kate? —le preguntó de pronto Holly Cutter al oído, muy seca e impaciente.

Holly Cutter era una de esas triunfadoras que dan asco. Además de la directora médica del Trinity, era enfermera, asesora espiritual, formadora médica, investigadora clínica, catedrática honoraria de la Universidad de Melbourne y consejera de la junta de la Sociedad Internacional de Cuidados Paliativos. La típica mujer de éxito.

—Hola, Holly —contestó Kate—. No sé por qué Chatveer me ha pasado contigo, pero estoy en el aeropuerto con Mia y, aunque el vuelo de John ha aterrizado, él no ha llegado. ¿Es posible que siga en el simposio o que su vuelta se haya pospuesto o demorado o...?

—No tengo ni idea, Kate —respondió Holly.

A Kate le dieron ganas de tirar el móvil bien lejos.

—En ese caso, ¿te importa volver a ponerme con Chatveer?

—Chatveer tampoco tiene ni idea.

Kate se sintió sofocada y estúpida, cabreada y pegajosa. Y Mia seguía llorando.

—No sé bien qué está pasando —dijo—, pero creo que ha habido algún problema de comunicación. John ha estado en Londres las dos últimas semanas, en un simposio sobre investigación de cuidados paliativos. Se supone que volvía a casa hoy...

—Escucha —terció Holly—, ignoro lo que sabes y lo que no, y tengo demasiado jaleo para involucrarme en este asunto, pero, si John ha asistido al simposio de investigación este año, a nosotros no nos lo ha comunicado.

—No entiendo —contestó Kate—. ¿Por qué no?

—Porque hace tres meses que no trabaja aquí.